

EXPOSICIONES

La magia íntima de Cristina Navarro

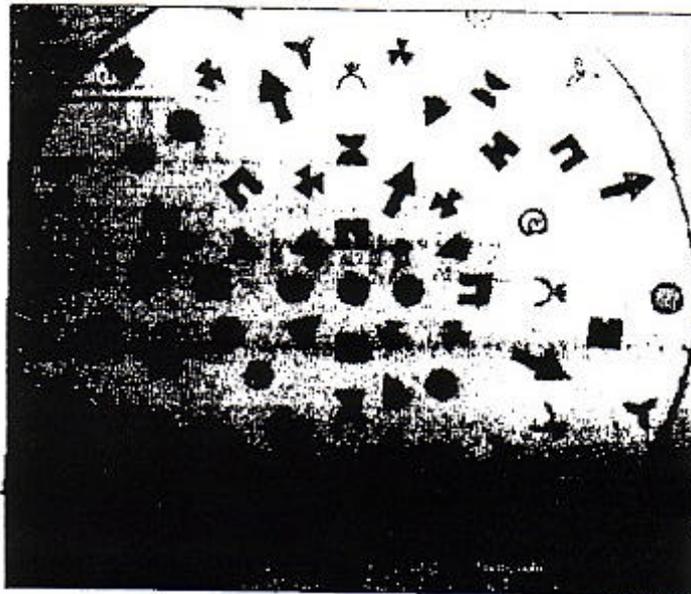
El orden y la musicalidad espacial caracterizan sus personales obras

DIGA REAL, VALENCIA

Hace casi cuatro años que no tenía ocasión de ver una amplia muestra individual de Cristina Navarro, artista cuyos más rotundos ciclos de trabajo se han mantenido siempre en la línea de reflexión-creación sobre el universo lingüístico de la pintura. Ahora presenta en la galería Vinatea temas, que si no son plenamente nuevos, en su estado actual de formulación se abren a dimensiones progresivamente complejas.

Asimilado todo su trabajo anterior, surgido siempre de un despliegue de signos, repertorio de recursos iconográficos dispuestos en función narrativa, las nuevas "escrituras" de Cristina Navarro han incrementado la riqueza de símbolos, ofreciendo una plástica a renovadas intensidades. Paródica humana de los lenguajes humanos, fascinada por ese sentido de musicalidad visual que aún se guarda en Oriente, nos traen a la memoria una cita de Gourmont que recoge Etienne: "Plasmando en signos sobre materiales duraderos todo cuanto parecía digno de memoria, la mujer se entregó al cuidado y al placer de mantener vivo aquello que los hombres condenaban al olvido."

Ordenando, disponiendo, trazando, establece referencias en el espa-



ARCHIVO

Oleo de la pintora y grabadora Cristina Navarro

cio, operación esencial a la percepción, para convertir finalmente la narración en raíz fundamental de su creación plástica. El trabajo creativo de Cristina Navarro siempre ha manifestado una inclinación a esa movilidad que el espíritu de la vanguar-

día permite entre medios y lenguajes diversos, penetran o no a la tradición de los recursos creativos o a su propio lugar y modos de empleos naturales. Por ello, aplica sus iconos a soportes de diversa índole —superficies de tela y papel, tiras

verticales de madera a manera de "totem"—encontrando siempre su "vocabulario" la disposición cuasi-geométrica adecuada.

Su poderosa captación poética de los símbolos elementales y el talento que demuestra en esa disposición nos hace pensar en la pureza primitiva de Brancusi, pero, además, apunta a una capacidad expresiva versátil que le permite emplear, con brillantez, esa diversidad de materiales, ritualizando sobre ellos los trazos y comunicando a cada uno de ellos autonomía e individualidad.

En definitiva, Cristina Navarro, con sus ardientes, turbulentos y obsesivos grafismos, que templea con líneas precisas, logra una sensualidad que, con disciplina y sentido, como se puede apreciar analizando su trayectoria, se ha ido encaminando hacia la plasmación, progresivamente más libre y suelta, de sus historias particulares, que relata mediante singular estrategia discursiva y, cómo no, disposición de las unidades significantes. Se mueve, pues, de nuevo dentro de cierta primacía de lo mental —con la consiguiente traducción visual—, en un juego poético que toma un punto de partida claramente analítico.

Arte

El deseo y su lectura

Cristina Navarro

Cristina Navarro. Galería Vinatea.
Plaza San Nicolás, 3, acc.

JOSÉ GARNERÍA

La verdad es que son bastantes los años que conozco su obra. No en balde creo haber sido el primero que escribí sobre ella, sobre su obra, antes de que otros creyeran. Por ello me permito el lujo de hablar del sentido que rodea a su obra, casi más de la actual muestra, aunque para ello me remita a nuestra propia historia, la del crítico y la artista (genéricamente hablando).

Si en un principio Cristina Navarro se acercaba a lo ingenuista en el sentido de que su vocabulario así lo aparentaba, no sólo por las historias que contaba, compartimentadas, sino también por su cadencialidad, posteriormente y siempre investigando en su propio yo, en su interior y afianzando la propia personalidad, lentamente fue dejando de lado lo superfluo, lo detallista (que

no lo era) para centrarse mucho más en la idea, en la intención. Esa estructuración ficción y volátil que hace más contundente su obra es la que le acerca a lo sensitivo, a su propio vocabulario.

Parca en la oferta de lectura, sin embargo, permite al interesado adentrarse en su simbología. Es ella misma, su interior misterioso que sólo conocen unos pocos que ella quiere, y su sensibilidad cercana a lo ingenuo, cuando quiere.

Si su obra es la suma de signos, símbolos, en direcciones predeterminadas, es verdad que lo último es la espiral que centra lo unívoco; son «los nombres del deseo», como ya denominó en una exposición anterior. El principio y el fin, el inicio y el final, la serpiente que se muerde la cola. Todo es literatura que cromáticamente en círculo, cuadrado, espiral o banda horizontal nos enseña su evolución. Desde lo real a lo imaginario.

